

Rev. H. Hofman Sr.

Lectura: Mateo 11:20-30

Salterios:

Primer: 255:1,2,4

Segundo: 94:1,3,4

Tercer: 187:1-4

Cuarto: 200:1-2

Último: 241:1,2,4,5

Congregación,

Con la ayuda de Dios, quisiéramos meditar en la Palabra del Señor, que se encuentra en el pasaje que hemos leído:

Texto: Mateo 11:28¹

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

Este versículo habla de: **Jesucristo, el único proveedor de descanso.**

Quisiéramos meditar en tres pensamientos:

1. A quiénes se dirige: *“todos los que estáis trabajados y cargados”*
2. Lo que insta: *“venid a mí”*
3. Lo que promete: *“yo os haré descansar”*

Nuestro primer pensamiento. A quienes se dirige.

Congregación, estas palabras al final de Mateo 11 se encuentran en un contexto notable. Al principio del capítulo, leemos sobre las dudas y dolores en la vida de Juan el Bautista, el mismo que tan enfáticamente predicó y señaló al *“Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”* (Juan 1:29), pero que también lo describió como aquel cuyo *“aventador está en su mano, y limpiará su era”* (Mateo 3:12), y cuya hacha está *“puesta a la raíz de los árboles”* (Mateo 3:10). Todo árbol bueno que produce fruto bueno será salvo, pero todo árbol que no produce buen fruto será cortado.

Este mismo Juan había sido echado en la cárcel, y allí el Señor lo enseña enviándole a sus discípulos para que le cuenten las cosas que han visto y escuchado: cómo los ciegos ven y los muertos son resucitados. En resumen, deben decirle a Juan lo que el Señor Jesús *hace*.

Esto es seguido por un cambio en la predicación del Señor Jesús. Cuando habla acerca de Juan, comienza a enseñar a la gente el doble efecto que tiene la Palabra de Dios. Él dice: *“Mas, ¿a quién*

¹ Todas las citas bíblicas en este sermón son tomadas de la revisión *Reina Valera-SBT* de la Sociedad Bíblica Trinitaria.

compararé esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas y dan voces a sus compañeros, y dicen: Os tocamos la flauta, y no bailasteis; os endechamos [tal como lo hizo Juan], y no lamentasteis” (Mateo 11:16-17). Jesús habla acerca de la resistencia evidente contra la Palabra de Dios y el ministerio de reconciliación. ¡Resistencia!

Después de eso, el Señor Jesús pronuncia el “ay” sobre la falta de arrepentimiento y la desobediencia de Corazín y Betsaida, los lugares que habían sido testigos de Sus obras más poderosas, y sobre Capernaúm, que fue levantada hasta el cielo, pero que sería bajada hasta el infierno por su incredulidad y resistencia.

Sin embargo, esto no es el fin de su sermón, y esto debería sorprendernos. Sí, deberíamos recordarlo para nuestra instrucción, porque leemos en el versículo 25: *“En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños”*. En el evangelio según Lucas se añade que Jesús se alegró en espíritu cuando dijo estas palabras (Lucas 10:21).

Sin embargo, las ciudades, por lo general, no se arrepienten; hay un rechazo general del evangelio. No bailaban ante al son de la flauta, ni lamentaban ante la endecha. Ni la flauta ni el lamento dejan ninguna impresión en ellos. Las bendiciones ya no los refrescan y los juicios ya no los asustan.

Congregación, ¿es así también con nosotros? ¿Debemos decir lo mismo? Vez tras vez venimos juntos bajo el ministerio de la Palabra de Dios. Se toca la flauta del evangelio y se cantan las lamentaciones. Pero, ¿somos indiferentes ante todo ello, tal como la gente en los días de Jesús? Aunque la proclamación del evangelio lleva muchas deficiencias, y el ministro mismo de la Palabra de Dios tiene sus propias deficiencias y debilidades, sin embargo, Jesús es el único y perfecto Maestro de Justicia. Él anuncia el “ay” sobre la dureza de nuestros corazones, pero también habla con suavidad y de manera invitante. Pero ni el uno ni el otro toca nuestras almas.

Quizás nos preguntáramos: “¿Entonces está este reino de Dios condenado al fracaso? ¿Qué pasará con él si las bendiciones no nos consuelan y los juicios no nos asustan?” Sin embargo, en ese mismo tiempo, cuando nadie baila al son de la flauta, y cuando las noticias de la ira y desagrado de Dios no humillan nuestros corazones, sí, incluso cuando ciudades enteras que son exaltadas hasta el cielo no dejan otra respuesta que el hecho de que la gente continúa en su autosuficiencia; ¡aun así, el Reino de los cielos vendrá con gran poder y gloria!

¿Por qué? ¿Se convertirá la gente en más abierta y receptiva a la Palabra de Dios? No, no sucederá. Pero el corazón de Jesús se regocija en la buena voluntad del Padre. El corazón de Jesús se goza con gratitud humilde cuando dice: *“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos”* (Mateo 11:25). Los sabios y entendidos perecerán con toda su sabiduría y presunta justicia; rechazarán tanto las invitaciones como las amenazas. Pero hay niños, gente sencilla, que entenderán el evangelio.

Esto no se refiere específicamente a los jóvenes, aunque el evangelio nunca los excluye. Por la palabra “niños”, el Señor se refiere a los sencillos. Habrá algunos que se inclinarán ante Su Palabra; habrá algunos que, cuando se toque la flauta, bailarán. Bailarán con gozo cuando oyen acerca de la gracia de Dios en Cristo Jesús. Habrá los sencillos que llorarán cuando se canten las lamentaciones. Estos frutos solamente aparecerán debido al propósito eterno de Dios y Su soberano beneplácito. La voluntad del Señor prosperará en la mano de Cristo (Isaías 53:10).

Puede haber un endurecimiento generalizado de corazones, puede haber una feroz resistencia, un rechazo común tanto de las lamentaciones como de las melodías de la flauta del evangelio. Puede haber un mundo lleno de resistencia; sin embargo, según el beneplácito de Dios, Su reino será edificado. Esa es la esperanza de la iglesia, incluso en estos tiempos oscuros de un mundo que perece.

Esto causa que el Señor Jesús exprese Su gratitud. Más allá del mundo incrédulo e impenitente, Él ve el beneplácito de Su Padre. Habrá aquellos que vendrán: los llamados conforme a Su propósito eterno (Romanos 8:28). *“Todas las cosas me son entregadas por mi Padre; y nadie conoció al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoció alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”* (Mateo 11:27).

Esta es la obra de Dios, que viene de arriba. No hay un camino que comience en la tierra y conduzca hacia el cielo. Aquí en la tierra hay solo impenitencia, dureza de corazón y resistencia contra la Ley y el Evangelio. Pero aquí se trata del beneplácito del Padre. El Hijo se revela, y en esta revelación de sí mismo, el Padre también es revelado.

Congregación, tenemos el privilegio de congregarnos juntos en la iglesia solamente porque existe tal cosa como el beneplácito del Padre. Debido a ello, aún tenemos el privilegio de predicar la Palabra de reconciliación. Es por esa razón que el mensaje del Evangelio aún resuena hoy. Es porque le agrada al Señor Jesús revelarse a sí mismo y también revelar al Padre.

Entonces sigue nuestro texto: *“Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”*

Jesús dice esto con la autoridad del Padre, porque todas las cosas a Él fueron entregadas por el Padre. De esta manera tenemos que considerar este texto—esta promesa e invitación: le es entregada por el Padre. Él viene con autoridad y poder: *“Todas las cosas me son entregadas por mi Padre; y nadie conoció al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoció alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”* (versículo 27). También en este mensaje, en esta invitación, el Hijo revela al Padre. El corazón divino del Padre se revela en este mensaje e invitación.

Si tomáramos el versículo 28 fuera de su contexto, terminaríamos con una conclusión incorrecta. Estaríamos propensos a terminar en el hombre y buscar algo en él. Pero la salvación procede de la buena voluntad de Dios; porque hay niños, gente sencilla, aquellos que están trabajados y cargados,

quienes necesitan ayuda y una persuasión tierna, quienes necesitan oír quién es Dios en Cristo, quién es Él y cómo es, y con qué propósito Él vino y lo que Él puede y desea hacer. Aquí vemos la plenitud de Dios el Padre y de Dios el Hijo.

Aquí está la plenitud del evangelio con el cual el Señor Jesús se dirige a las multitudes a su alrededor. Él ve el corazón. Él sabe con qué clase de gente está ministrando.

“Venid a mí, todos lo que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” Congregación, notemos en primer lugar que esto no es una restricción. ¿Quiénes son los que “están trabajados y cargados”? Sin duda, están familiarizados con la religión judía de aquella época. Existían las reglas de los fariseos: mandamiento tras mandamiento y renglón tras renglón. Además de las leyes instituidas por Dios mismo, los fariseos habían agregado alrededor de seiscientos leyes más y las habían impuesto sobre el pueblo.

Por ‘hacer esto’ y ‘dejar eso’ a la gente fue prometida la vida eterna. Pero nadie jamás podía alcanzar esos requisitos. El camino de las obras es un callejón sin salida. Piensen en el joven rico de quien han escuchado. Él dijo: *“Todo esto he guardado desde mi juventud”* (Lucas 18:21). Trabajaba duro y vivía irrepreensiblemente, pero todo ello resultó en nada. *“Y Jesús, al oír esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme”* (Lucas 18:22).

Congregación, cargar unos a otros con mandamiento tras mandamiento, con reglas como *“no uses, ni gustes, ni toques”* (Colosenses 2:21), fue el camino al cual la iglesia de esa época señalaba. Tienes que hacer *esto*, y dejar *aquello*. En resumen, este es un mensaje de edificarse sobre la justicia de uno mismo y de su propia habilidad, en las obras y hechos propios. ¡Qué carga más pesada es esta!

Congregación, ¡esto es también un mensaje para hoy! Sigue siendo aplicable a nuestro día. ¿Cómo es su religión? ¿Cómo es su vida? ¿Dónde busca usted la vida? ¿Cómo está usted intentando obtener el reino de Dios? ¿Cómo está usted intentando entrar al reino de Dios? ¿Es de algo en usted mismo? ¿Proviene todo de usted mismo? ¿Está usted también cargado con: “esto no es permitido y aquello tampoco, y esto o aquello tiene que hacerse”? No habrá ningún descanso en todo ello.

Y así seguimos con toda clase de religión externa y obras religiosas. Nos encargamos—como podemos aprender de la historia de la Iglesia Católica Romana—de orar puntualmente una cierta cantidad de oraciones. Podríamos hablar de cumplir muchos deberes, pero cuantas más cosas se encargan sobre nuestros hombros, más nos alejamos del reino de Dios.

Podemos tener convicciones comunes obradas, debido a la gracia común, por el Espíritu Santo, que nos instan a hacer esto y dejar esto. Debido a las convicciones que provienen de la gracia común, podemos ocuparnos tanto en salvarnos como en limpiar nuestra casa, nuestro corazón y nuestra vida, pero nada de sustancia lo reemplaza. Nos esforzamos por llorar lágrimas; intentamos romper nuestro corazón; comenzamos a hablar piadosamente, pero no hallamos ningún descanso en todo

ello. Nos engañamos a nosotros mismos con todo esto. Estamos siendo agobiados con mil y una cosas, y no se hallará ningún descanso en ello.

¡Trabajados y cargados! Estas palabras se refieren a labor dura y prolongada. En la Palabra de Dios se encuentran estas palabras en otro contexto también. Por ejemplo, en Juan 4 está escrito que Jesús estaba cansado de Su viaje. En Lucas 5 leemos de los discípulos en su barca, habiendo trabajado toda la noche. Las palabras ‘trabajados’ y ‘cargados’ tienen el mismo significado: estar siempre ocupado. Sabemos esto desde nuestra vida diaria; un día largo en el trabajo nos agobia y por eso requerimos descanso después. De tal manera, el Señor Jesús habla también acerca de aquellos que están trabajados y cargados; labor prolongada, lucha prolongada, una labor dura y prolongada en la cual no se puede hallar descanso.

Congregación, este es el mensaje que el Señor Jesús llevó, y se debe enfatizar plenamente el contraste cuando Él dice: *“y yo os haré descansar”*. Después de todo su arduo trabajo, lucha prolongada y constante pelea por mantenerse a flote, no habrá descanso. No hay mérito en ello, ni tampoco dará fruto.

¿Quiénes son aquellos trabajados y cargados? Puede referirse a aquellos cargados por las tristezas de la vida y el estrés prolongado. No podemos escapar, no hay cambio, ni mejora, ni alivio. También podemos laborar y estar cargados con la carga de nuestros pecados, la amenaza del castigo eterno, y el desagrado de Dios, y por eso no encontramos descanso ni paz. En lugar de volverse menos agobiado bajo esa carga, solo se hace más pesada. *“Con mi carga de transgresión, sobrecargado ando; humillado hago confesión, por mi necesidad lloro”* (Salterio 102:3). ¡No descanso! Sin capacidad en nosotros mismos para librarnos de esta carga.

Jesús conoce a la gente que forma Su audiencia. Hay los impenitentes que se entretienen con las cosas del aquí y ahora. Hay aquellos que no se preocupan de nada. Él los ve por delante, como ovejas que van al matadero. Su corazón es movido con compasión. Oh no, Él no espera nada de ellos, pero espera en el beneplácito de Su Padre. Su corazón se regocija de que la buena voluntad de Su Padre continuará. Es por eso que Jesús—al ver la multitud trabajada y cargada, sin esperanza y sin descanso—trae un mensaje sincero, dulce, instructivo e invitante.

Nuestro segundo pensamiento. Lo que Él insta.

En realidad, Jesús lo dice con solo dos palabras: ¡Por aquí! Señala con Sus manos y habla con Su boca el lenguaje de Su propio corazón y el de Su Padre: *“sí, Padre, porque así te agradó”* (Lucas 10:21). Gente... ¡Por aquí! Ustedes que llevan cargas y están inclinados... ¡Por aquí! Gente, ustedes que ya no pueden avanzar más, quienes perecen bajo la carga del *“no uses, ni gustes, ni toques”* ¡por este camino! Ustedes que están encarcelados con las cadenas de la autojusticia... ¡Por aquí! Ustedes que están encerrados por Satanás, ustedes que están atados con siete mimbres verdes... ¡Por aquí! Ustedes que estiman los gozos de este mundo como el camino a la felicidad y aun así no

pueden hallar descanso en ello, ustedes que no pueden encontrar descanso en nada... a ustedes Él dice: “¡Por aquí!”

Esta gente está a una distancia. Sus corazones están alejados de Él, porque Él tiene que decir: “¡Venid!”—una palabra que indica distancia. Alguien a Su lado, alguien acompañándolo, no necesita venir. Pero estas personas están a una distancia, cargadas con la carga de la vida, cansadas con las tristezas que las oprimen; no tienen ningún descanso. “*Venid a mí*”, dice el Señor Jesús. ¡Por aquí!

¿Pueden predicarse aún estas palabras hoy? Sí, congregación, *¡deben* ser predicadas! También *aquí* deben predicarse, a jóvenes y mayores, a todos aquellos que aún están fuera de Él. Es un mensaje dirigido a aquellos que aún están lejos de Él, quienes están cargados con tristezas y cuya lucha siempre continúa. Con la autoridad del Padre, el Señor Jesús exclama Su “¡Venid!” a estas personas. En esta invitación, Él revela el corazón de Su Padre. Después de todo, el Señor no quiere la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva (Ezequiel 33:11). Por esa razón, no deberían seguir llevando la carga de la vida solos; ¡necesitan buscar a este Otro! Y hay Otro, congregación, niños y niñas, “*¡Venid a mí!*”

“Por aquí”, dice Jesús, “porque dondequiera que vayan, agobiados bajo la carga de sus propias obras y justicia propia, no encontrarán descanso”. Dondequiera que lo busquen, jóvenes, no encontrarán descanso en ningún lugar fuera de Jesús.

¡Este mensaje aún resuena, congregación! El Señor Jesús dice: “¡Por aquí! *¡Venid a mí!*” Padres y madres, personas mayores, no importa cómo sea su vida o cuáles sean sus circunstancias, tristezas y aflicciones, o cuánto estén cargados bajo la carga del pecado y la justicia propia, o cualquier otra cosa; cargados bajo la carga de estar a distancia de Cristo—todo esto implica la muerte. ¡Congregación, debemos convertirnos en participantes de la vida, de Su vida! ¡Y allí está! ¡Allí está Él, que es la vida misma, y Él dice: “¡Por aquí! *¡Venid a mí!*”

Demuestra la buena disposición de Cristo y cuán bienvenidos somos con Él. Nos habla de Su disposición para recibir a aquellas personas que se encuentran en medio de la muerte y de vestir las con Su justicia.

Su disposición también se evidencia en Sus tratos con los pecadores y en Su llamado a ellos. Los fariseos lo resentían por ello. “¿Este?”, dijeron con desdén, “*Este a los pecadores recibe, y con ellos come*” (Lucas 15:2).

Congregación, ¿no demuestra esta queja Su disposición para recibir a un pecador manchado, sucio e impío? Él no vino para llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento. Su disposición también se evidencia en Su gozo cuando alguien se convierte, cuando un pecador viene a Él. ¡Oh, entonces el corazón del Señor se regocija!

Cuando, por otro lado, hay un endurecimiento de corazón, cuando nadie viene, esto entristece al Señor Jesús. Cuando usted permanece sentado y actúa como si no hubiera escuchado nada, como si Su mensaje no le afectara, entristece al Señor Jesús. Al acercarse a la ciudad de Jerusalén, Él lloró sobre ella, diciendo: *“¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!”* (Lucas 13:34). La falta de disposición del pueblo entristeció profundamente el corazón del Señor Jesús. Él lloró por ello.

¿Hay también entre nosotros quienes no están dispuestos? No sé cuáles argumentos viven en sus corazones, pero el Señor Jesús los conoce. Si continuamos en nuestros propios caminos, llevando nuestras propias cargas e intentando sostener nuestras vidas por nuestra cuenta; si esta palabra, esta invitación sincera y amorosa no les toca, congregación, entonces el Señor Jesús llora sobre ustedes desde Su corazón.

También en esto vemos que Él lleva la imagen de Su Padre. Él dice: *“Yo y el Padre uno somos”* (Juan 10:30). Oh, congregación, si menospreciamos y rechazamos este dulce evangelio, será *“más tolerable el castigo en el día del juicio para Tiro y para Sidón que para vosotras”* (Mateo 11:22).

Su disposición también apunta a Su obra mediadora. No dice: *“Venid a mí”* solo para asombrarse cuando alguien realmente viene. Tampoco contempla la posibilidad de que alguien venga con una carga tan pesada que Él no pueda ayudar. No, congregación, Su disposición nos revela Su obra mediadora, porque Él llevó sobre sí mismo todas estas cargas y tristezas. Él llevó ese yugo y esa carga de buena voluntad. Él se inclinó bajo la carga de la ira de Dios. No bajo la carga de Su propio pecado, porque Él no conoció ni cometió ningún pecado. Se inclinó bajo la carga del justo juicio de Dios, cargado bajo la carga del castigo del pecado, bajo la carga de la ira de Dios, atado por los lazos de la muerte.

Él sabía lo que era estar trabajado. También estuvo cansado del viaje, para que los viajeros fatigados pudieran disfrutar de descanso. Él ha estado cargado, para que aquellos cargados y desesperados pudieran ser salvos por Él.

A la luz de esto, debemos considerar Su invitación. Es Su profundo anhelo, Su deseo de que todos los que están trabajados y cargados vengan a Él. ¡Él está esperando! Sus palabras, *“¡Venid a mí!”*, indican que Él espera con los brazos abiertos.

Él está esperando a que vengan a Él con llantos y súplicas, con sus cargas, cruces y pecados, sí, con todo lo que los agobia, para ponerlo a Sus pies.

Oh, congregación, ¿No les toca esto? *“¡Venid a mí!”*, dice el Señor Jesús, *“¡todos los que estáis trabajados y cargados!”*. Nos insta y nos anima con una promesa: *“Y yo os haré descansar”*.

Antes de considerar esto, deseamos cantar primero del Salterio 200:1-2.

Nuestro tercer pensamiento. Lo que promete.

“Y yo os haré descansar.” Se puede subrayar cada palabra en esta promesa: *Y yo... os... haré... descansar.*

¿Qué significa esto, congregación? Significa que, aunque un camino se cierre, otro se abre. El Salmista, en el Salmo 142, canta acerca de esto también: *“Mira a la mano derecha y observa, pues no hay quien me conozca; no tengo refugio, no hay quien se preocupe por mi vida”* (versículo 4) ... *“tú conociste mi senda”* (versículo 3).

Quiere decir que mi propio camino se está cerrando. Lo hemos mencionado: una lucha prolongada, un viaje largo, una labor prolongada para encontrar descanso para nuestra alma y ser librados de esta carga... No es posible fuera de Jesús. Congregación, esto es el punto central de este mensaje: **no es posible fuera de Jesús.** Todo su trabajo y labor, año tras año, no los libraré.

Tal vez logre convencerse de tomarse un descanso, pero no es un verdadero descanso, ya que carece de profundidad. Quizás haya podido dejar su carga a un lado por un corto tiempo. Lo he visto una vez cuando un viajero que llevaba una carga pesada tuvo que descansar por un momento. Se sentó en un banco mientras su carga reposaba en el respaldo del asiento para no sentir tanto su peso. Pero la carga seguía en su espalda; esas correas aún estaban sobre sus hombros. Poco después, se ponía de pie con esa misma carga aún en su espalda.

“Y yo os haré descansar.” Congregación, aquí habla Otro, es Jesús y Jesús solamente. Él es el único proveedor de descanso. *“Yo”* dice. Después de Su primer sermón, la gente ya quería empujarlo por un precipicio para matarlo. Y mientras curaba muchas de sus enfermedades, muchos venían, pero también muchos salían de Él.

“Yo”. Eso es Aquel que es poderoso para salvar. *“Yo”*, Aquel que obtuvo una justicia diferente que todos los que están laborando jamás podrían lograr. *“Yo”*, es Aquel que llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores. Esa única palabra, esta única Persona, *Yo*, excluye todo otro consejero. No las lágrimas que derrama, no los sacrificios que ofrenda, no las marcas de la gracia—*nada* puede tomar el lugar de Jesús.

¿Escuchan esto, congregación? Jesús se apunta a sí mismo: *“¡Por aquí!”* Implica que tendrá que darle la espalda a todo lo que esté fuera de Él. Significa que tiene que renunciar a sí mismo; significa que debe rendirse. Todo lo que ha acumulado en la vida debe ser dejado a un lado. Como un pecador pobre, necesitado, cargado y cansado, tiene que inclinarse ante Sus pies. *“Yo”* ... Él es el Único que nos puede librar.

Así es como obra el Espíritu Santo. Siempre obra hacia la glorificación de este *“Yo”*, de este *Santo*. El Espíritu Santo glorificará a Cristo. Él hace espacio para Él en el corazón de un pecador cargado. Este Espíritu le mostrará sus imposibilidades. El Espíritu le mostrará que las ataduras de su carga no

pueden ser soltadas por nadie más que Cristo. El Espíritu lo llevará al fin de sus propias obras. Él cortará de nosotros todo lo que es de nosotros.

“Pero”, pueda que diga, “¡Entonces es un caso completamente sin esperanza! ¡Entonces no queda nada sino un pecador, un pecador impío, un ser despreciable, un hijo del hombre que estará perdido para siempre!”

Sí, congregación; esto es lo que queda de nosotros. Porque Él *solamente* se convertirá en precioso. Él se convertirá en esencial e indispensable para un pecador cargado. Si no sabe nada de esta carga y este cansancio, entonces ¿para qué necesita a Jesús? Entonces aún está edificando sobre su propia justicia y descansando sobre algo fuera de Él; todavía cree que puede ayudarse a sí mismo.

Pero hay un pueblo en este mundo que ya no puede ayudarse a sí mismo, y ellos oyen la Palabra de Dios. Ellos prestan atención a las invitaciones de Cristo. “*Venid a mí*”, y “*por aquí*” son mensajes que penetran profundamente en sus corazones. Oh, es un mensaje gozoso, comparable al son de la flauta. Un mensaje que solamente la fe puede oír: “*Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios*” (Romanos 10:17).

Cuando Jesús habla al alma, entonces habrá una escucha atenta de Su voz y una abundancia de sentimiento surgiendo del corazón también. Habrá una condena y un aborrecimiento de uno mismo, y un arrepentimiento en cilicio y ceniza. Habrá también una humillación sincera de nosotros mismos por el conocimiento de que lo hemos provocado a ira con nuestros pecados.

También habrá algo de timidez. A veces se dice que es algo tan fácil y natural venir a Jesús. Sin embargo, no es algo natural en lo absoluto. Si usted conoce algo de su propia pecaminosidad, impureza y asquerosidad, mientras al mismo tiempo tiene algún conocimiento de Su santidad, gloria y majestad, entonces ¿cómo puede unir estos dos opuestos? Cuando esta realidad nos llegue, habrá una santa timidez y no nos atreveremos a acercarnos. Sentimos la necesidad, sentimos el poder atrayente de Dios, ¡pero no nos atrevemos! “*Jah, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?*” (Salmo 130:3). Una timidez santa, pero también un anhelo interno: “*Señor, Llévame en pos de ti, correremos*” (Cantares 1:4).

Aquí entonces está esta promesa amorosa al pecador cuyo corazón está lleno de miedo y vacilación. ¿Recibirá Él a tal como yo, tal necio, tal bestia impía? ¿Me recibirá al final? Oh, podemos entender que recibiría a cualquier otro, pero a *mí*, el primero de los pecadores? ¿Estará dispuesto?

Es para estos temerosos que Jesús enfatiza, “*¡Yo os haré!*” Él habla con autoridad. Él quita cada duda e incerteza. Él nos insta a escuchar y, con una valentía infantil, a refugiarnos bajo la sombra de Sus alas. Todo esto es implicado cuando Jesús nos aborda tan personalmente. Puede ver, como si fuera, el dedo de Jesús apuntando a usted; ¡usted, quien está trabajado y cargado, usted, indigno, usted, que sabe que está en medio de la muerte! “*¡Yo os haré!*” “Señor, ¿es, entonces, también para mí? ¿No es eso demasiado? ¿Podría ser para mí incluso?” “Sí, para ti”, dice el Señor Jesús, “Yo

te daré...” No, entonces ya no es demasiado pecaminoso, demasiado culpable, demasiado cargado y demasiado trabajado. ¡Usted! Aunque se encuentra en medio de la muerte, aunque tiene que despojarse de todo...” “*Yo os haré...*”

Qué maravilla, congregación. La Palabra de Dios nos insta y se inclina tan profundamente hacia nosotros, de manera que el pecador más profundamente hundido es bienvenido por Dios y será ayudado por Él.

“*¡Yo os haré descansar!*” ¿Qué es este descanso, congregación? No que nosotros nos convirtiremos en *mejores*, sino que Él tomará esta carga de nosotros y la pondrá sobre Sus propios hombros. Esta transferencia es la obra del Salvador, quien tomó nuestras iniquidades sobre sí mismo. Es la obra del Fiador, del Gran Sustituto. Es la obra de Aquel que toma nuestras cargas sobre Él. Esto, entonces, es descanso, verdadero descanso.

Esto no es un solo una pequeña relajación, sino una completa eliminación de nuestra carga; la eliminación de nuestro estar “*trabajados y cargados*”. Él toma todas nuestras iniquidades y transgresiones sobre sí mismo; Él toma todo lo que es nuestro sobre sí mismo: nuestro pecado original y los actuales, nuestra culpa original y nuestra corrupción. El Padre ha puesto todas nuestras iniquidades sobre Cristo, y Cristo las tomó sobre sí mismo. Eso es *Su* descanso, el descanso de Cristo.

No descansen en nada que no sea Cristo. Si lo hacen, se están engañando a sí mismo. Quizá puedan relajarse por un momento, pero esta carga no les es quitada. Leemos en *El Progreso del Peregrino* de Bunyan que, cuando Cristiano llegó a la cruz, la carga de su pecado cayó de su espalda, rodó por la montaña y nunca más la volvió a ver. ¡Eso es descanso! Nuestros pecados e iniquidades son quitados de nosotros y Dios nos da gracia en la reconciliación de todos nuestros pecados por Su preciosa sangre. En esto encontramos descanso y verdadero gozo. Este es el gozo y el descanso que está en el Evangelio de Jesucristo. Todos los demás gozos son falsos y no durarán. Cristiano ya no vio su carga, y Dios nunca se la devolvió. Lo que ha sido perdonado, es perdonado para la eternidad, y lo que ha sido reconciliado, ha sido reconciliado para siempre.

“*Y yo os haré descansar.*” Este descanso no está a la venta. Este descanso no puede ser merecido. Es gratis, porque el rescate de sus almas preciosas ha sido pagado en el Calvario. *Allí*, de la obra cumplida de Cristo, fluye el verdadero descanso; solamente *allí* es concedido, *allí* se saciarán de la grosura de Su casa, y *allí* podemos participar de Sus delicias.

Entonces recibimos otro yugo, Su yugo, el seguir a Cristo. El mundo nos odiará y nos crucificará. Incluso el mundo religioso nos condenará. Pero mientras seguimos en Sus pasos, decimos con gozo: “Su yugo es fácil, y ligera Su carga.” Y así podemos peregrinar, consolados por la cruz, hacia la herencia que nos espera en el cielo, en la casa del Padre.

Congregación, ¿conocen este descanso en el Señor Jesucristo? ¿Conocen el descanso de ser unidos a Cristo por la fe? Oh, desátense de todo lo que es propio porque nada quedará. Con todo ello

nunca podrá obtener la vida eterna, porque sin este descanso en Cristo Jesús, usted falla. Él todavía nos llama: “¡Por aquí!” *“Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”*

Amén.

Último Salterio 241:1,2,4,5.